

# LA VERDAD INTEGRAL

## *no es un artículo de moda*



### ALGUNAS CONSIDERACIONES PREVIAS

No me refiero solamente al presente, ni a un solo País. Tampoco me refiero a las reservas dictadas por la caridad fraterna en cuanto al decir o hacer la verdad íntegra. Por amor, en ocasiones, la verdad se debe silenciar o diferir y esto siempre debe ser consecuencia de un discernimiento ético, que no menoscaba el aprecio a la verdad, pero mantiene su integridad al amparo de la caridad, del amor fraterno. A lo que me refiero precisamente: -1) a la escasa vigencia del aprecio a la verdad, al poco cuidado por mantener el imperio de la verdad en la conciencia humana, que se debe esforzar por pensar la verdad para que la persona portadora de tal conciencia pueda decir la verdad; -2) a la ligereza con la que se da cabida a la mentira en el pensar, en el decir, en el hacer y en el vivir. Mentir es contradecir *in radice* el imperio de la verdad integral.

En este texto, sin la pretensión de ser exhaustivo, tendré en cuenta el choteo irresponsable, que es una forma de mentira, la mentira propiamente dicha y los silencios o

dilaciones o manifestación progresiva de la verdad integral por medio de verdades parciales, lo cual puede ser no solamente lícito, en el ámbito de la ética de la verdad, sino que puede llegar a ser aconsejado por la más genuina caridad. Con este texto lo que deseo es compartir parte de mi preocupación por la ausencia de verdad que me parece constatar en la mayor parte de los hombres y mujeres de este mundo en el que nos ha tocado vivir y, consecuentemente, del que somos responsables, que no incluye solamente a nuestro País, pero que tampoco lo excluye.

Nadie puede decir de su País que es el mejor en materia de ética en el ámbito de la verdad y de la mentira, ni en cuestiones de actitud ante la vida, pero tampoco nadie puede decir que su País es el peor en este ámbito. La ética y la actitud ante la vida, armados por la verdad que es propia de cada situación, no puede ser medida con termómetro o cintas métricas. Se pueden medir el número de habitantes, la extensión, el ingreso *per capita*, etc., pero no la bondad, los niveles del amor genuino entre los ciudadanos, el al-

truismo, el compromiso con la verdad, etc. Hay índices que nos permiten intuir algunas cosas, pero medir... ¡imposible! ¡Y éstos valores son la realidad que más debería contar para calibrar la calidad de un pueblo, no la cantidad de riqueza acumulada o la modernización de sus servicios o la eficacia de sus armamentos!

En Cuba, padecemos una pandemia grave y antigua: el choteo o relajo criollo o falta de seriedad ante las cosas serias. Y esta es una de las aristas de la carencia de verdad o de la mentira del ser y del existir, del pensar, del decir y del hacer. Aunque al menos tenemos el pudor que, al parecer, no tuvieron ni Joseph Goebbels, ni Winston Churchill. Al primero, responsable de la propaganda del Tercer Reich –gobierno de Hitler–, se le atribuye la frase: “Una mentira repetida muchas veces llega a convertirse en verdad”. Al segundo, Primer Ministro de la Gran Bretaña durante la Segunda Guerra Mundial, la siguiente: “Una guerra victoriosa debe ser edificada sobre muchas buenas mentiras”. No sé si habremos tenido cubanos tan “mentirosos”; probablemente sí, pero al menos no han alardeado de tal condición, como estos dos hombres tan distintos parecen hacerlo con esas frases... si es que de veras las dijeron y antes las pensaron y sopesaron!

Hasta donde me llega la mirada por lecturas y estudios de Historia, en Cuba y en el resto del Mundo, la presencia de la verdad integral ha sido, casi siempre, escasa y una u otra de las diversas formas de mentira han sido permitidas, cuando no promocionadas, a título de una visión errónea de la tolerancia y de la convivencia, o de la sagacidad y la astucia. No ha faltado el título justificativo aportado por una ideología o filosofía social que ha amparado la distorsión o negación del compromiso irrenunciable con la verdad, desde el punto de vista de la eficacia o de las necesidades existenciales inevitables, despojando así el compromiso con la verdad de su fundamentación ontológica, para entregarnos una caricatura de verdad bajo el antifaz de la “funcionalidad de la verdad”.

## ¿EN DÓNDE ESTÁ LA MENTIRA Y EN DÓNDE LA VERDAD?

Entonces, ¿qué entendemos por verdad integral, la que se debe promover, y cuáles son las diversas formas de la mentira, de la que nos deberíamos apartar?

La acepción más cotidiana de “mentira” y, probablemente, la que nos viene a la mente cuando se suscita el tema, es la relacionada con el verbo “decir”. “Decir mentiras” equivale a afirmar con palabras lo que sabemos que no es cierto. Por ejemplo: -) el niño que le dice a sus padres que ha ido a la escuela y en realidad se ha quedado en la calle o en un parque jugando con los amigos y procede así para evitar una reprimenda; -) el cónyuge que asegura al otro cónyuge que lo ama y que siempre le ha sido fiel y, en realidad, no lo soporta y no sale de los brazos de amantes y de correr aventuras amorosas o simplemente sensuales (que

no es exactamente lo mismo); -) el empleado que afirma a su jefe que ha cumplido con tal encomienda que, en verdad, no ha realizado; -) el dirigente político que reitera a su pueblo que las cosas en el país o en la situación internacional llevan tal camino y sabe que no es así; -) el súbdito que en un país con alguna forma de gobierno autoritario y más o menos explícitamente represivo, afirma aprobar lo que condena y condenar lo que aprueba. Y así, en las diversas esferas de la existencia, podríamos encontrar numerosos ejemplos de “mentiras dichas”. Lógicamente, cuando se dicen mentiras de manera habitual, es porque en el mundo interior ya se ha dado cabida a esa posibilidad, la de pensar y hablar mentirosamente, con todo lo que esto significa en el ámbito de la ética.

Existen sin embargo, otras formas de mentir, sin decir mentiras. Vayan algunos ejemplos de personas que “mienten sin decir mentiras”: -) miente a sí misma la persona que da cabida en su interior, sin discernimiento crítico, a cualquier opinión o teoría con aspecto de conveniencia o a la posibilidad de vivir en la mentira o de decir mentiras por cualquier situación existencial en la que entienda que esto le conviene; es el pensar la mentira, no pensar la verdad, antecedente del “decir mentiras” al que me he referido al final del párrafo anterior, y antecedente también del “hacer mentiras”, del “vivir en la mentira”; -) miente el niño o el joven estudiante que comete fraude en los exámenes; -) miente quien, sin mediar un afecto real o una aprobación de su gestión, en las relaciones con “el jefe”, no se limita a la corrección debida, propia de la buena educación, sino que extralimita la obsequiosidad y la sonrisa fingidas, con vistas a asegurar su posición o a escalar una posición superior; es la típica actitud del adulador; adular y simular son formas de mentir; -) miente quien teniendo amplias posibilidades económicas vive como si fuera pobre y hasta cultiva formas externas de pobreza para inspirar la admiración que suscita la austeridad y para evitar que los necesitados lo molesten con peticiones; -) miente quien, por contrario, careciendo de una situación económica satisfactoria, aparenta externamente tenerla, sacrificando necesidades sustanciales que no se perciben, para proyectar un *status* social prominente; -) miente quien no pierde ocasión de decir “verdades negativas” o “chismes” a oídos que se complacen en ello, para ganar fama de bien enterados o, peor aún, cuando se trata de los oídos de un superior y los “chismes” tienen que ver con lo que hacen o dicen de él los súbditos a sus espaldas, y quien pronuncia los chismes lo hace para conquistar ante dicho superior el halo de que lo protege, de que él no es como los otros, de que él lo estima, etc.; es el sutil adulador que se instala en la mentira existencial, no porque diga mentiras, suponiendo que los chismes sean ciertos, sino porque no le transmite al superior esos chismes por cariño, sino por cierto interés personal y actúa por dicha motivación, sin detenerse ante el daño ajeno; eso es, de nuevo, adular, con el

**EN CUBA, PADECEMOS UNA PANDEMIA GRAVE Y ANTIGUA:  
EL CHOTE O RELAJO CRIOLLO O FALTA DE SERIEDAD  
ANTE LAS COSAS SERIAS.  
Y ESTA ES UNA DE LAS ARISTAS  
DE LA CARENCIA DE VERDAD O DE LA MENTIRA  
DEL SER Y DEL EXISTIR, DEL PENSAR, DEL DECIR Y DEL HACER**

agravante de que se está haciendo daño a la fama de otras personas, eso es “actuar mentirosamente”; -) miente quien va al templo con frecuencia y hasta se acerca a los sacramentos y realiza actividades caritativas y apostólicas en su parroquia, no como exigencia de la Fe, sino como búsqueda de una fachada de respetabilidad que, por circunstancias plurales, puede ser conveniente según su juicio. Y así, como en el caso anterior, podríamos encontrar también otros ejemplos, numerosos, de mentiras no dichas, sino pensadas primero y hechas o vividas después. Hacer cosas falsas o instalarse en una situación falsa de cualquier tipo, es mentir aunque no se mienta con los labios.

Evidentemente, hay grados tanto en las mentiras pensadas, como en las dichas y en las hechas o existenciales. O sea, hay mentiras más graves que otras, aunque las menos graves no dejan de ser mentiras y, en principio, no se deben ni pensar, ni pronunciar, ni vivir. Quien se sienta comprometido con una ética de inspiración cristiana o, simplemente, con los valores humanos mínimos para salvaguardar y desarrollar la convivencia humana, debería aborrecer toda forma de mentira, ya que toda forma de mentira, en principio, es tanto una falta de justicia para con los demás, que tienen el derecho a la verdad de nuestro pensamiento, de nuestra palabra, de nuestra acción y de nuestra vida; cuanto una falta de caridad evangélica fraterna, en sí misma y en sus consecuencias en las relaciones humanas, pues no hay amor verdadero, sino caricatura de amor, cuando lo que llamamos amor se sustenta y se nutre de realidades falsas: o porque son falsas en sí, o porque resultan serlo en sus motivaciones. Y toda persona de buena voluntad es identificable precisamente porque con su pensamiento, su palabra, su acción y su talante vital contribuye a crear comunidad humana; *a fortiori* quien se considere cristiano y, por lo tanto, debe asumir que el amor fraterno universal es la suprema ley en las relaciones humanas, es la VERDAD de las relaciones humanas.

Ahora bien, una cosa es no pensar mentiras, no hacerlas y no vivir en ellas, y otra es pensar la verdad integral, pero no decirla o no hacerla o no vivirla en situaciones concretas. Puede darse el caso de que en algunas circunstancias

resulte absolutamente imposible “hacer la verdad”. Puede también acaecer que, para alguna persona determinada o para un grupo o para toda una comunidad humana, la evidencia de la verdad íntegra sería más dañina que el silencio discreto, cuando éste es posible, o las verdades parciales que progresivamente podrían llegar a la verdad total. En esas situaciones, que puedan llegar a ser extremas, la mentira no debería ser una opción, pero sí lo pueden ser el silencio o esa parcela de verdad en la que no mentimos, pero tampoco arrojamus la verdad íntegra como quien arroja un dardo o hasta un cohete, sin medir las consecuencias de esta actitud que, entonces, dejaría de ser encomiable para convertirse en imprudente.

Por muy diversas razones, no toda persona es capaz de acoger la verdad integral y eso hay que tenerlo siempre en cuenta en las relaciones humanas. Por ejemplo, a una persona alcoholizada o a una persona transitoria o perennemente desajustada, cuyas reacciones violentas se conocen, y que tiene armas en la mano o con poder disponible o en la posibilidad de realizar una amenaza contra una persona o un grupo, no se le debe decir la verdad que sabemos que exacerbaría su ánimo y lo llevaría a cometer toda suerte de dislates. Lo prudente, lo que se impone éticamente en tales casos, es el acercamiento a la persona “peligrosa” por otros caminos asequibles, que no jueguen con la verdad, ni se sirvan de la mentira, sino que se hagan verdad a base de los silencios y de las medias verdades oportunas y progresivas. Hace años leí un ensayo sobre este tema concreto –quisiera recordar el nombre del autor–, elaborado a partir de testimonios de personas que vivieron en el entorno de Lenin, de Stalin, de Hitler y de Mussolini, hombres desajustados, con mucho poder y capaces de hacer daño. ¡Cuántas piruetas tuvieron que danzar algunas personas de su entorno, que tenían una cierta sensibilidad en su conciencia y a los que no resultaba posible salirse en el momento de ese entorno para evitar los males mayores que se habrían derivado de haberles dado a conocer a los “poderosos desajustados” toda la verdad en relación con alguna persona o alguna situación!

¡Hay tantas situaciones existenciales que nos obligan en conciencia a esta gradualidad en la entrega de la verdad! Quien se esfuerza por evangelizar, no debería dejar de tener en cuenta

esta gradualidad como la tuvo Dios en la revelación a Israel y como la tuvo Jesús, que en los inicios de Su vida pública imponía frecuentemente la discreción a los que eran testigos de milagros o a los que llegaban a la confesión de Su condición mesiánica; actitud que en los estudios bíblicos calificamos como “secreto mesiánico”, presente en todos los evangelios sinópticos, que el evangelista Marcos subraya de manera más evidente.

Imposible recorrer en este espacio, casuísticamente, todas las posibilidades, en las que la gradualidad es la opción más evangélica y no por eso dejamos de honrar la verdad. Recuerdo variadas situaciones, ajenas al ámbito del poder político en manos de desajustados –como era el caso en uno de los párrafos anteriores–, en las que me he visto involucrado como sacerdote. Hace muchos años, un hombre, creyente en Dios pero no cristiano de firmes convicciones, había expresado en muchas ocasiones que se suicidaría si le diagnosticaban cáncer irremediable. Este hombre enfermó y la esposa, que sí era creyente, fue la que recibió el diagnóstico del médico: cáncer irreversible, no operable. Se debatía entre el deber de no engañar a su esposo y el deber de evitar el suicidio y ayudarlo a bien morir, con la aceptación de su muerte en esa forma. Evidentemente, esta segunda opción exigía no espetarle la verdad en un santiamén, para lo que él no estaba preparado, sino dosificar la entrega no con mentiras, sino a base de silencios sobre los resultados de exámenes médicos no comunicados de inmediato, sino paulatinamente, a base de medias verdades. Exigía también que, mientras tanto, se debía tratar de ir disponiendo el ánimo del esposo enfermo, sin mentirle... Lo cual lograron entre ella y el sacerdote amigo y el hombre murió con fortaleza y gran serenidad. Habría tantas otras...

No son las atemperaciones por las razones de la generosidad, del amor genuino, las situaciones que menoscaban el imperio de la verdad, y acrecientan el de la mentira, sino precisamente lo contrario: el imperio de la verdad queda iluminado por la luz cimera de la comprensión del “otro”, del altruismo, del amor y de la misericordia. Son los condicionamientos históricos y educacionales, por una parte, y la falta de seriedad responsable, el miedo, el oportunismo, el egoísmo y todos los parientes de estas actitudes, por otra, los que oscurecen el imperio de la verdad integral para entronizar la mentira en el pensar, el decir, el hacer y el vivir. Y debido a nuestras limitaciones y pecados, en esa especie de infierno absurdo, todos podemos ser tanto víctimas, como victimarios, más o menos conscientes y responsables.

#### CONDICIONAMIENTOS EN LA ACOGIDA A LA VERDAD

Y es que en la reflexión sobre el tema de la escasa presencia de la verdad en la existencia humana, no podemos eludir otras consideraciones. En primer lugar, que ningún

fenómeno social, y éste sería uno y de muy graves consecuencias, nada sucede por generación espontánea. Por ejemplo, si a un pueblo –y ahora sí me refiero al nuestro– se le puede señalar como mayor enfermedad la presencia indiscriminada del anteriormente mencionado “choteo” o “relajo criollo” –recordemos el ensayo de Jorge Mañach, *Indagación del choteo*–, alguna razón habrá. Algunos analistas buscarán las causas en los genes y nos dirán que nuestro mestizaje, es decir, la combinación de diversos genes hispanos con los diversos genes africanos han dado como resultado este talante de “tirarlo todo a choteo o relajo”, tanto lo que es superficial y puede ser abordado de esa forma, como las realidades serias que exigen otro acercamiento, pues lo que es serio, con seriedad debe tratarse.

Yo no me conformo con este tipo de explicación de índole meramente genética, que puede llegar a ser un poco fatalista, excluyente de la libertad responsable y, en último término, es una explicación racista. Prefiero que tales indagaciones genéticas vayan acompañadas por la reflexión crítica acerca de la historia del País y de la educación en los valores y contravalores que se han promovido a través de los siglos. Por el lado de la historia, aunque no todo ha sido negativo han abundado los hombres y mujeres de luz y las situaciones luminosas –estimo que las opresiones coloniales y el régimen esclavista del siglo XIX y las dictaduras y corrupciones del siglo XX no han dejado de imprimir huellas en todos los componentes del “ser cubano”. Por el lado de la educación, por todos los medios por los que esta se transmite habitualmente, se puede afirmar, asimismo, que no todo ha sido negativo pues, en lo que a instrucción se refiere (que es uno de los componentes de la educación), los planes oficiales de educación republicana

**DEJEMOS EL CHOTEO  
PARA LO QUE CHOTEO MERECE  
Y LA MÁSCARA O EL ANTIFAZ  
PARA LOS CARNAVALES  
(¡QUE NO DUREN MUCHO, POR FAVOR,  
Y QUE DE VERAS SEAN FIESTA  
Y EXPANSIÓN QUE AYUDEN A CRECER,  
NO A DETERIORO!),  
NO PARA LA VIDA COTIDIANA,  
QUE ES ALGO MUY SERIO  
Y CON SERIEDAD DEBE SER ASUMIDA**

han logrado niveles altos para la media latinoamericana, pero en cuanto a la formación humanista, como consecuencia —entre otras causas— de las diversas maneras de entender el conocimiento y el laicismo (a la española, a la norteamericana o a la soviética, en etapas superpuestas no necesariamente sucesivas), dichos planes han sido todos, a mi entender, insuficientes y hasta errados, debido a su naturaleza eminentemente positivista y científicista, excluyente de la fundamentación metafísica razonable y, *a fortiori*, de la fundamentación religiosa, “sobrenatural” de la existencia y de sus valores personales y comunitarios.

Pienso en las cuestiones relacionadas con la comprensión de la naturaleza humana en todas sus dimensiones, con el sentido mismo de la vida, con la cultura, con la religión, con la vida familiar y profesional, con la política, con la economía, etc. Y como todo, hasta las mejores “ideas”, puede ser ahogado en choteo o relajo, debido a la carencia cimentadora que padecemos, sea como consecuencia de los genes, sea por causas histórico-sociales y educacionales, sea por la suma de todos los factores, todo puede quedar excluido del ámbito de su propia verdad y entrar en el de la chabacanería, la superficialidad, la frivolidad, la simulación y la mentira integral, en el ser y en el hacer. Se pierden la orientación y la jerarquización de las realidades, a veces como escapatoria consciente o inconsciente de una realidad ingrata, o como mecanismo de defensa ante la libertad responsable conculcada, o como cinismo —defensivo también— ante las frustraciones sociopolíticas o de cualquier índole, que demasiado frecuentemente han acompañado al cubano a lo largo de su historia.

Los hombres y mujeres de Iglesia, aunque en principio afirmemos la necesidad de la metafísica y profesemos un credo religioso que debería articular armónicamente y cimentar toda la existencia, no estamos inmunizados contra esa pandemia del choteo o relajo y de la relativización de la verdad propia de cada realidad, a favor de la nebulosa de una mentira en el pensar, en el decir, en el hacer y en el ser o existir. Y la falta de seriedad se proyecta entonces sobre la existencia cristiana y la tarea evangelizadora de la Iglesia. Y estas se cuentan entre las mayores “mentiras” en las que nos podemos ver enredados, casi sin darnos cuenta de ello.

### ALGUNAS REFLEXIONES CONCLUSIVAS

No tenemos la exclusiva de este virus. No la tiene el País y no la tiene la época. Lamentablemente, esta vida en la oquedad o la intemperie, como la califica nuestro Cintio Vitier en *Lo cubano en la poesía*, es compartida geográficamente, política e históricamente. Subrayo ahora lo de “políticamente” porque no debe faltar algún ingenuo que atribuya ese tipo de males al estilo de la sociedad que vivimos actualmente en Cuba. Cada etapa de nuestra historia ha puesto algo de lo suyo, de lo bueno y de lo malo, y los

últimos cuarenta años, sellados por el socialismo de inspiración marxista, no son excepción. De otras cuestiones, no escribo en este momento, pero de ésta, o sea, de la escasa presencia de verdad y de seriedad o responsabilidad en la existencia del cubano medio, la historia comienza desde antes de la Revolución e inclusive desde mucho antes de la Primera República (1902). Mañach escribió su ensayo cuando no se veía el socialismo en el horizonte cubano; otro tanto podríamos afirmar de *Lo cubano en la poesía*, de Cintio Vitier y de los múltiples ensayos de Don Fernando Ortiz en los que, por una u otra esquina, aparece nuestro fenómeno. Amén de que bastaría con leer a los propios cubanos del siglo xix que se ocuparon de este asunto, como los sacerdotes José Agustín Caballero y Félix Varela y los laicos José de la Luz y Caballero y José Antonio Saco, sin ignorar las observaciones de algunos extranjeros que nos visitaron en aquel mismo siglo y —¿por qué no?— que nos han visitado o han vivido entre nosotros en el siglo xx.

La constatación es preocupante, pero no debería ser paralizante sino estimulante de todo lo bueno que hay en nosotros, de nuestra capacidad de recuperación y de las semillas fecundas que, en mayor o menor grado de germinación, están sembradas en nuestro pueblo. El estímulo de la semilla nos debería proyectar un poco más hacia el futuro, es decir, *avivar en nosotros la nostalgia de futuridad, no la nostalgia de efemérides*, que no hay que olvidar, pero no deberíamos concentrarnos en ellas y desgastar en ellas nuestros esfuerzos, como si de las efemérides dependiera la solución de la pandemia del choteo y de los demás problemas existenciales que en mayor o menor grado nos aquejan. Me parece que la sanación de nuestra cultura nacional en todas sus dimensiones y la superación del choteo o relajo que le impide crecer más allá de los crecimientos en instrucción, nos está pidiendo la aceptación de la realidad tal cual es, con humildad, sin arrogancia hueca, pero no para quedarnos en ella, pobre y enferma como está, sino para servirnos de ella como trampolín o rampa de lanzamiento.

No soy competente para hacer una lista de medicamentos y, por supuesto, no creo que éstos puedan venir por donación; tienen que ser de producción nacional y su elaboración requiere diálogo amplio, no marcado por exclusivismos ni apriorismos; debe ser ecuménico y nacional y debería conducir, no a prisas e inmediateces, sino a reflexión y a la interiorización de esos verdaderos remedios que, estoy seguro, existen. *Dejemos el choteo para lo que choteo merece y la máscara o el antifaz para los carnavales* (¡que no duren mucho, por favor, y que de veras sean fiesta y expansión que ayuden a crecer, no a deterioro!), *no para la vida cotidiana, que es algo muy serio y con seriedad debe ser asumida.* Ω

La Habana, 9 de agosto de 2002.